

LO QUE PRETENDIÓ EL ESPÍRITU SANTO

CON

EL LIBRO DE LA SABIDURIA,

Y EL MÉTODO CON QUE LO CONSIGUE.

DISCURSO

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS. (a)

La enfermedad que con más universal contagio ha sido y es peste de las almas, fué el no saber en qué consiste la verdadera sabiduría, cuáles son sus efectos, cómo y con quiénes los obra, dónde se ha de buscar, cómo y á quién ha de pedirse. De ignorar esto, y tener por sabiduría la descaminada presunción ó el estudio defectuoso, se originaron las varias sectas de tantos filósofos, pitagóricos, peripatéticos, académicos, estóicos, pirrónicos, y otros innumerables, y despues de la luz del Evangelio, la multitud de errores y herejías, que fiándose del nombre de sabiduría (que solo es máscara de la malicia astuta y revoltosa), confunden grande parte del mundo en discordia pertinaz. Para que tuviese cura este daño universal y esta dolencia, que por el nombre magnífico de sabiduría fantástica no padecen, antes le blasonan los hombres, le profesan y le enseñan, dictó el Espíritu Santo á Salomon este libro, donde la doctrina de la verdad y el desengaño de la mentira se leen en diez y nueve capítulos, dispuestos con tan soberano método, que de uno y otro fabrican un silogismo demostrativo, cuya conclusion alienta los unos, y amenaza los otros. Pueden no obedecerla, empero no pueden negarla. Por esto juzgo este libro por llave del tesoro que por fruto llevan las hojas de todos los volúmenes sagrados, y que hace el oficio de aguja para navegar sus golfos y descubrir sus Indias; sin desvariar como la nuestra por los delirios del imán, siempre fija al norte del Espíritu Santo, que la dictó. Vuestra paternidad reverendísima, entre

(a) Inédito.

Encuétrase en el tomo n.º, pág. 217 de la colección hecha por don Juan Isidro Fajardo, año de 1724: Biblioteca Nacional, estante M., número 277.

La Academia de la Historia posee copia de fines del siglo pasado: estante 25, grada 5.ª, C., núm. 36.

Consta, por el final del párrafo primero, que á un religioso dirigió nuestro autor este papel escriturario. A ser (como sospecho) el padre Mauricio de Attodo, de la Compañía de Jesus, lo escribió QUEVEDO en 1640 ó 1641. Pero si fuese el dominicano fray Cristóbal de Torres, siete años por lo menos debe retrasarse la fecha.

todos los que han escrito, halló este camino, para que siempre se siga el seguro, y se diferencien dél los despeñaderos, y sepamos que por las sendas más ásperas se llega á la patria, y que por los halagos de los más cariciosos y abiertos caminos se da en los precipicios.

Empieza hablando con los que juzgan la tierra: *Diligite justitiam qui judicatis terram*. No habla con los reyes y jueces, sino con todos aquellos que sin justicia, juzgando las cosas que suceden en la tierra conforme su ignorancia, reciben escándalo de la doctrina de la divina Providencia, y ejemplo que los persuade imitación de la pompa de los delitos. Pruébese con que el capítulo n.º empieza con estas palabras: *Dixerunt autem cogitantes apud se non rectè: Exiguum et cum taedio est tempus vitae nostrae, et non est refrigerium in fine hominis*. Y todo el capítulo confirma lo que digo.

Signese que para ser capaces de la sabiduría con que se debe juzgar la tierra, es necesario amar la justicia, porque la sabiduría es justicia.

Consiguientemente la define mandando: *Sentite de Domino in bonitate, et in simplicitate cordis quaerite illum: quoniam invenitur ab his qui non tentant illum: apparet autem eis qui fidem habent in illum: perverse enim cogitationes separant à Deo: probata autem virtus corripit insipientes: quoniam in malevolam animam non introibit sapientia, nec habitabit in corpore subdito peccatis*.

Es pues la sabiduría de que trata este libro: «amar la justicia, sentir de Dios en hondad, y buscarle con simple corazón; porque le hallan los que no le tientan, aparece á los que tienen fe en él; y apartan dél las imaginaciones perversas, y la virtud examinada corrige los necios. La sabiduría no entra en el alma malévolá, ni habitará en el cuerpo súbdito de los pecados.»

De todos los gentiles ninguno, tratando de la sabiduría ni de Dios, alcanzó una palabra destas; solo

Epicteto pronunció esta cláusula con aliento piadoso, capítulo xxx: «Sabe que lo principal y primero acerca de la religión de los dioses inmortales, es tener dellos rectas y buenas opiniones; de tal manera, que creas hay dioses, y que bien y justamente lo administran todo, que han de ser obedecidos, y que por esto hemos de conformarnos con todo lo que con su permission sucediere, y que lo hemos de recibir alegres, como precedido de la mente soberana. Con esto, nunca los acusarás, ni tendrás queja de que te olvidan ú desprecian.» Parece doctrina expresada deste primero capítulo de la *Sabiduría*, y recogida en vaso idólatra, cuyo sabor se conoce solamente en la pluralidad de dioses.

El método es el que se sigue. La definición de la verdadera sabiduría para los que quisieren juzgar con justicia las cosas de la tierra es: «Amar la justicia, sentir de Dios la bondad, y buscarle en la simplicidad del corazón.»

Este primero capítulo se distribuye por todos los diez y ocho, verificando en cada uno otras diez y ocho cláusulas suyas, demostrando los efectos que esta sabiduría obra en las almas que la atesoran; los males que padecen, los engaños que se siguen, los desengaños que juntan contra sí las que dellas se apartan. La primera cláusula: *Diligite justitiam qui judicatis terram; sentite de Domino in bonitate*, habla en el capítulo ii; y en él con los que aborrecieron la justicia y sintieron de Dios en maldad: *Dixerunt enim cogitantes apud se non recte*. Véislos aquí juzgando mal, á persuasión de sus maldades, hasta el verso doce, donde en lugar de amar justicia, la aborrecen con el justo: *Circumveniamus ergo justum, quoniam inutilis est nobis, et contrarius est operibus nostris, et improperat nobis peccata Legis, et diffamat in nos peccata disciplinae nostrae. Promittit se scientiam Dei habere, et filium Dei se nominat.*

No solo habla esto literalmente de los fariseos y escribas y de Cristo, sino que parece hablan los mismos contra Cristo, pues lo que le dijeron fué repetir estas mismas palabras formales, hasta en murmurar que se nombraba Hijo de Dios. Así prosiguen individualmente hasta el verso diez y ocho: *Si enim est verus filius Dei, suscipiet illum et liberabit eum de manibus contrariorum. Contumelia et tormento interrogemus eum, ut sciamus reverentiam ejus, et probemus patientiam illius. Morte turpissima condemnemus eum. ¿Quién negará que esto es leer la pasión de Cristo, y aborrecer la justicia, que se debe amar, y sentir mal de Dios? No podía empezar la *Sabiduría* á ejemplifi-*

carse sino es por el Hijo de Dios, que es la sabiduría del Padre. Qué se les siguió de aborrecer la justicia, y de no juzgar en bondad, lo dicen el verso veintinueve y veintidos: *Haec cogitaverunt, et erraverunt: excacavit enim illos malitia eorum. Et nescierunt sacramenta Dei, neque mercedem speraverunt justitiae, nec judicaverunt honorem animarum sanctarum.* «Esto imaginaron, y cayeron en error, porque los cegó su malicia. Ignoraron los sacramentos de Dios, desesperaron de la merced de la justicia, y no entendieron la honra de las almas santas.»

Veis aquí que la Sabiduría *attingit ergo à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter*. Desde el fin de la Ley vieja (que fué en la pasión de Cristo, con que se cumplió) tocó con fortaleza hasta la fin del mundo, venciendo con la humildad la soberbia, con la desnudez las armas, con la pobreza los tesoros, con los pescadores los monarcas, con la ignorancia la sabiduría del siglo; enseñando en los sacramentos de Dios la salud eterna; asegurando la merced de la justicia, y en su iglesia eterna la honra de sus santos: esto con fortaleza tan hazañosamente vencedora de todo el ejército infernal, y juntamente dispuesto con suavidad tan benigna, que, solo, pagó lo que debíamos todos, que murió porque muriese nuestra muerte, para que su muerte nos fuese vida. El mismo se nombró sabiduría cuando dijo: *Cum semper dilexisset suos, in finem dilexit eos*; cuando estaba tocando fuertemente del un fin al otro, no solo con suavidad sino con perpétuo amor; pues pagaba en la golosina de Eva y en la inobediencia de Adán culpas ajenas con la propia sangre.

Entra mandando en este capítulo primero Dios que amemos la justicia, y en el segundo trata de la muerte de su Hijo, porque veamos cómo la amó él, pues no perdonó al propio Hijo suyo unigénito, que publicó por tal, llamándole muy amado.

De todo este discurso, legítimamente colijo, para inteligencia del intento y fin historial deste libro, que es mostrar desde el principio del mundo hasta el fin, cómo la sabiduría de Dios toca fuertemente desde un fin á otro, disponiéndolo todo con suavidad, en que se incluye su divina Providencia. Prueba mi intento el capítulo x (prosiguiendo el fin del capítulo ix: *Nam per sapientiam sanati sunt quicumque placuerunt tibi, Domine, à principio*) con estas palabras: *Haec illum qui primus formatus est à Deo pater orbis terrarum, cum solus esset creatus, custodivit, et eduxit illum à delicto suo, et dedit illi virtutem continendi omnia.*

SOBRE LAS PALABRAS QUE DIJO CRISTO

Á SU SANTISIMA MADRE

EN LAS BODAS DE CANÁ DE GALILEA,

DISCURRE

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS. (a)

FRAGMENTO.

Et die tertia nuptiae factae sunt in Cana Galilaeae, et erat Mater Jesu ibi. Vocatus est autem et Jesus et discipuli ejus ad nuptias. Et deficiente vino, dicit Mater Jesu ad eum: Vinum non habent. Et dicit ei Jesus: Quid mihi et tibi est, mulier?

«Y el tercero día se celebraron (1) bodas en Caná de Galilea; y estaba en ellas la Madre de Jesús. Y también fueron llamados á las bodas Jesús y sus discípulos. Y faltando vino, dice á Jesús su Madre: No tienen vino. Y Jesús la dice: Mujer, á tí y á mí ¿qué nos toca?»

Siempre los ojos, leyendo estas postreras palabras que respondió Cristo á su Madre, llamándola mujer, juzgaron que tenían ceño; y los oídos extrañaron, si no desden, sequedad. Los santos padres y doctores antiguos y modernos reconocen por difícil el sonido de las palabras, y las declaran y ajustan á diferentes sentidos, para que la devoción, que fervorosa las extraña, discípula de (2) su doctrina sagrada las reconozca amorosas.

(a) Así se intitula este fragmento inédito en el códice M. 277 (folio 205) de la Biblioteca Nacional; pero el original autógrafa no tenía rótulo ninguno. Poseíalo, á mediados del siglo anterior, el ya referido archivero de la secretaría general de Estado, don Benito Martínez Gómez Gayoso; y de él sacó una copia don Tomás Antonio Sánchez, de que me valgo para esta impresión. Allí se advierte que el autógrafa constaba de cuatro hojas y media en folio, ocupando tres solamente lo escrito, y que era copia en limpio que del borrador hacia QUEVEDO.

La de Sánchez me ha sido franqueada por el señor don Agustín Durán. Sus variantes llevan la marca D.; las del citado códice, M. Otra existe en la biblioteca de la Academia de la Historia. Acaso este tratado sea parte de un libro que escribía QUEVEDO con título de *Consideraciones sobre el Testamento Nuevo y vida de Cristo*, el cual, dice, le sustrajeron con otros durante sus últimas persecuciones. Véase la *Memoria* de ellos que inserta el biógrafo Tarsia.

Las citas que ahora van al pie, en el original autógrafa estaban al margen.

(1) las bodas (D.)

(2) sus doctrinas sagradas (Id.)

Siempre para entenderlas me fueron difíciles. Empero nunca me consintió escrupularlas por despegadas, el ver las decía á tal madre tal hijo; antes (3) reverencié mayor misterio en lo que dellas entendía menos. Persuádimme que aquella soberana boca á los sacrosantos oídos pronunciaria sacramentos, y no rigores: desembaracéme de asistir á regalarlas por ásperas, y ocupéme en penetrarlas por cariñosas. Yo aseguro que lo he procurado; otros juzgarán si lo he conseguido. Si como está en salvo mi intento en la piedad, lo estuviese mi discurso en lo que escribo, grande sería la usura de mi trabajo. Mi pretension sabe ser cortés; pido que me consientan, no que me alaben. No blasono alguna novedad, que fuera mostrarme antes temerario que ingenioso. Si algo pareciere nuevo, no es otra cosa sino haber buscado en las tinieblas camino con la luz de los santos. A la claridad del sol se debe la vista de las sendas que borró la noche, no á los pies que las caminan. Dirá verdad el caminante si dijere que halló las veredas, y mentirá si negare que se las enseñó el día.

No excuso algunas advertencias que precedan al tratado. Sea la primera: que estas bodas eran de san Juan Evangelista con una de las vírgines dedicadas á Dios, que despues vivió en compañía de la siempre Virgen (4) Madre de Cristo Jesús. Tienen esta opinión san Agustín sobre san Juan, en el prólogo y en la glosa, san Jerónimo y Alberto Magno sobre san Joan; y Ruperto sobre el segundo capítulo de san Joan, acaba (5) con estas palabras: *Inter quos, et hunc Johannem Evangelistam, relictis nuptiis, ipsius enim istas fuisse nuptias, opinio fere omnium est, ipsum Dominum sequi coepisse arbitramur* (6). Tienen la contraria san Crisóstomo, Orígenes

(3) reverencio (M.)

(4) María de Cristo (D.)

(5) en estas (Id.)

(6) *Ruperti Abbatis Monasterii Tyntiensis, è regione Agrippinae*

y Victorino; cuyos argumentos disuelve doctísimamente el eruditísimo doctor y maestro Silvestre de Prierio, de la orden de Santo Domingo, en el tratado tercero de las *Cuestiones sobre los Evangelios*. Ha prevalecido, por más célebre y más dignamente probable, la afirmativa, pues el reverendo padre Fortunato Fanense, en la *Biblia* que juntó de las cuatro versiones, en la prefación al Evangelio de san Joan dice: «Este es Joan Evangelista, uno de los discípulos del Señor, que fué escogido por Dios virgen; al que de las bodas, tratando de casarse, llamó Dios (1) (a).»

La razón que dan los autores que cité con san Agustín, es: que fué muy conveniente que estas bodas fuesen de san Joan y que no se efectuasen, porque convenia que luego, en favor de la virginidad, se mostrase que con su gracia se podía disolver el matrimonio tratado. Y persuádese por otra razón que no era verisímil que en otras bodas estuviera la Madre del Señor, como consta de la explicación del texto (2). Exprimiré con la consideración algo que está retirado en estas palabras de los santos. La quinta esencia del ámbar suya era; y siéndolo, se debe mucho al que la saca; y á los alambiques, el dar á todos lo que guardaba el simple en su retiro, no con avaricia para negarlo, sino con providencia para no perderlo. Lo que la naturaleza esconde á la ignorancia, ofrece al estudio. Todo está en los santos: mucho dan á los ojos que lean en lo que escriben; mucho guardan á la asistencia de la meditación más allá de las palabras. Con las mismas letras callan mucho en lo que dicen, y dicen mucho en lo que callan.

¡Dichosas bodas y casa! en ellas hizo Cristo el primer milagro, en ellas su Madre la primera intercesión; en esta casa, dice el texto sagrado que manifestó su gloria (3). Qúitate al Tabor el poder blasonar solo estas palabras. Cede el monte á las bodas en la asistencia que tuvo Cristo en la siempre Virgen. Si allá dijo el Padre: «Oíde á él,» aquí su Madre dijo: «Haced cualquiera cosa que os mandare;» que es lo mismo. La Madre dice que hagan cualquiera cosa que mandare; el Padre solo que le oigan: porque, como asistían Elías y Moisés, príncipes del Testamento Viejo, supiesen los apóstoles que solo á Jesus se había de oír, y que á ellos en persona se les había mandado el silencio, y que los oídos solo se debían á la voz de Cristo. Llamólos para despedirlos con premio: á Moisés, que había tanto deseado ver su cara, se la enseñó, y vió al que esperaba; y Elías, el que había de esperar hasta la fin del mundo

Colonia in Rheni ripa siti, ordinis S. Benedicti, viri, et vite sanctimonía, et sacramentum literarum peritia praelari. *Commentariorum, in Evangelium Iohannis*, Libri XIII.—Arnoldt Birckman.—Apud Foelicem Coloniam ann. salutis. M. D. XXXI. página XLII.

(1) Hic est Johannes Evangelista unus ex discipulis Domini, qui virgo à Deo electus est: quem de nuptiis volentem nubere vocavit Deus.

(a) *Sacrorum Bibliorum Ex Vulgata Editione, et alijs pluribus Translationibus: ejusdem Fratris Fortunati Fanensis Ordinis Erem. S. Augustini Studio et labore, cum eodem ordine, congestorum Pars altera.*—Venetijs Antonium Pinellum. M. DC. IX., página 115.

(2) Hoc enim est valde conveniens, quod Christus statim tantum faveret virginitati, ut ipso facto ostenderet quod matrimonium non consummatum, gratia ejus posse dissolvi. Suadet et alia ratióne, quia non est verisímil ut alibi fuisset Mater Domine, ut patet in explicatióne textus.

(3) Joan, 2. Et manifestavit gloriam suam.

en la segunda vida, glorioso. Admiramos la conformidad misteriosa del Hijo y de la Madre. Cristo dice: «Mujer, á tí y á mí ¿qué nos toca?» y no la llama Madre. La Madre dice: «Haced cualquiera cosa que os dijere,» y no dice «mi Hijo». Los que extrañan por sequedad la palabra que dijo Cristo, ¿por qué no extrañan la que dejó de decir María, siendo la ternura más propia en las madres, y el mayor blason de la tierra y del cielo tener tal hijo? No hay comentario para las palabras de Jesus, sino las de María. De sola ella dice el Evangelio que «todas sus palabras las conservaba en su corazón», cuando le perdió en el templo, donde le halló enseñando á los doctores (que Cristo, aun niño, se pierde por enseñar). Engastáremos este trozo á su tiempo.

Que estas bodas fuesen de san Joan, mejor se asegura con su es, lo que con las conjeturas ni autores. El nunca en acción suya, que fueron tantas y tan colmadas de gloria preferida, se nombró, nombrando á todos. De manera que el más fuerte argumento de que fué él, es el no decir él que fué. Es suyo solo nombrarse cuando se calla.

La Virgen nuestra Señora extrañara bodas que no fueran de tan cercano pariente. Costumbre fué siempre ir á las que fuesen desta obligacion; y aun á estas no fuera la Virgen y su Hijo (4) si se hubieran de consumir. Cuando Cristo empezó á obrar maravillas, no parece conveniente que con su (5) santísima Madre honrase antes las bodas que la virginidad. Vinieron á ellas, porque dellas triunfase la virginidad, siguiéndola el esposo y la esposa.

Había llamado Cristo para discípulos á algunos de las redes, llamó á otro del cambio; convino que llamase á Joan, de las bodas, que es la red más fuerte, pues hablando de la esposa en el matrimonio, dijo Dios: «Por esta dejará el hombre su padre y su madre;» y era razón que se viese que á esta la dejaba Joan por Dios. Dejóla, mostrándose primero el amante que el amado.

(6) Parece inconveniente, y es misterio, en la virginidad de Joan, estar por esposo en bodas, aunque las renunciase. Había de dejarle su Madre por madre, habiasele de dejar á su Madre por hijo, y calificó á su imitación su virginidad: pues como á su Madre, habiendo de ser siempre virgen, quiso que fuese desposada, ordenó que Joan fuese desposado para ser virgen; porque pareciéndose en algo á su Madre, el nombre de hijo se acompañase con alguna similitud.

Hay quien diga que san Josef había muerto, y que por esa razón no fué convidado, y que la Virgen María estaba ya en la custodia de su Hijo, Dios y hombre. Esta conjetura es tan respetiva, que puede hacer fuerza, y la duda que se le opusiere podría peligrar de poco cortés. En estas bodas, ni despues en el Evangelio, no se hace mención del santo. Y es cierto que al tiempo de la muerte de Cristo no vivía, pues encomendó Cristo su Madre á san Joan.

Siendo cierto que san Josef murió, he admirado por celestial providencia la de los evangelistas, que dejan en silencio su muerte, y el tiempo y el lugar y la sepultura. Respeto fué estudioso, no olvido ni cansan-

(4) si no se hubieran (M.)

(5) sacratísima (Id.)

(6) Hay quien diga que parece (Id.)

cio de plumas tan divinamente alentadas. Era esposo de la Madre de la vida; llamábase padre del que era Hijo del eterno Padre; advertido del ángel, huyendo á Egipto guardó la vida al Hijo de Dios y Dios y Hombre verdadero. De su Madre recibió el ser de hombre; de san Josef el llegar á hombre, de recién nacido. Fué Jesus parto de María, y en cierto modo, digámoslo así, lo fué de la fuga de Josef. La frase española lo comenta: «hoy se nació,» decimos al que se libró de manifiesto peligro. Decir que murió el esposo de María, nombre que se equivoca en el sonido con el Espíritu Santo, que murió el padre de Jesus (así le llamó la Virgen cuando se perdió: «Yo y tu padre te (1) buscábamos afligidos»), equivocábase el sonido de las palabras, en el sentido, con el Padre eterno. Pues decir solamente murió Josef, eso fuera enterrar en silencio los dos blasones más gloriosos que se oyeron jamás. Fué tan soberanamente prodigioso san Josef, que se pudo decir del era esposo de la Virgen, y la Virgen decir á Cristo que era su padre; y fué tal, que los evangelistas no hallaron cómo poder decir que murió. Presumió Marta que si Cristo estuviera en su casa, su hermano no muriera, (2) por ser su amigo; así le llamó: «Lázaro, nuestro amigo, duerme.» Y ¿no será reverente misterio el no darse por entendidos los evangelistas de la muerte de san Josef, esposo de María y padre putativo de Jesus? Es tan misterioso, que por quedar san Joan, con nombre de hijo, encargado de María, á falta de Josef, se presumió entre los apóstoles que no había de morir, y hay opiniones si es muerto ó si vive en la sepultura, ó si murió, y está en cuerpo y en alma en el cielo, para venir con Cristo en el fin del mundo. En tocando á asistencia y custodia de María todo es vida y eternidad; nadie se acuerda de muerte ni de palabras de su séquito. Pase por digresión este punto, que poco le durará el nombre.

El texto sagrado dice que la Virgen estaba en las bodas, y que despues fué Cristo y sus discípulos convidado á ellas. Para amanecer mi discurso ha de ir por el día la pluma del doctísimo Joan Maldonado, blason inmortal de la nobleza de Zafra, honra de España, admiración del mundo, hijo de la sagrada religion de la Compañía de Jesus; y en el nombre del querido suyo, hable un Joan de otro (a).

Dice en el título deste evangelio, que el ser estas bodas de san Joan es opinión vulgar, empero no de autores vulgares, pues citan por ella á san Jerónimo, á san Agustín y al doctísimo Ruperto. Advierte que el prólogo (3) deste evangelio en que se cita á san Agustín, se duda si es suyo, y no se sabe el autor; que san Jerónimo (en el libro 1 contra Joviniano, sin nombrar á Caná de Galilea) solas dice estas palabras: «Juntamente fué Joan marido y virgen (4).

Yo juzgo que san Jerónimo dijo solas estas palabras

(1) buscamos afligidos, equivocase (D.)

(2) Domine, si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus.

(a) *Iohannis Maldonati Andalsii, Societatis Iesv Theologi, Commentarii in quatuor Evangelistas: Ex duobus in vnum Tomum redacti. Ad Serenissimum Lotharingam Ducem. Hac tertia editione omnia diligentius recognita, ac emendata.*—Lugduni, Sumptibus Iohannis Baptistae Buysson. M. DCI. (Columna 1252 y 1341.)

(3) á este (D.)

(4) Maritum simul et virginem fuisse.

porque no eran menester más; siendo irrefragable que á san Joan, solo por ser suyas estas bodas, le pudo llamar «marido y virgen». Y el no nombrar el santo doctor á Caná de Galilea, que es lo que echa menos el doctísimo Maldonado, es prueba de que era tan corriente opinión entonces, que no hacia falta á la inteligencia de la historia. Y siendo así que san Jerónimo tuvo esta opinión, no extrañará nadie que la tuviese san Agustín en el prólogo citado. Y en tanto que alguno no me especificase en él por qué no es digno del Santo, yo creeré es suyo, reverenciando las palabras del admirable Ruperto, que dice que esta es opinión casi de todos; pues á no ser de san Jerónimo y de san Agustín, fuera casi de nadie.

Estaba en las bodas la Virgen antes que Cristo y sus apóstoles fuesen convidados á ellas. El doctísimo Maldonado: «Parece que el Evangelista quiso dar tácitamente la causa, conviene á saber, porque su Madre, como consta, estaba (5) en ellas convidada antes.» Añado que, por la misma razón, se colige que la Virgen estaba en las bodas antes, porque sabía que convidado había de venir su Hijo despues con sus discípulos. Y porque como eran bodas en que había de haber desposado que fuese virgen, era bien que la que era virgen y desposada precediese al Hijo, á quien para concebirle precedió el ser lo uno y lo otro.

Pregúntome: ¿Por qué no vino acompañada de su Hijo y de sus discípulos? No sé si podré pronunciar el fervor de mi respuesta. Haga cuenta quien me oye que oye á un mudo, que si no le descifran las ansias de lo que quiere decir y no puede explicar (6), leyéndole los semblantes, más le desconsuelan que le oyen.

Desde que se perdió en el templo Cristo, y desde que Cristo llamó discípulos á su compañía, no se lee que llevase á su Madre santísima consigo ni con ellos. Una vez se lee que, estando predicando, le dijeron que allí estaban su Madre y sus hermanos, mas no que viniese ni se fuese con él. Fué tras él al Calvario, y asistió á la cruz cuando todos le dejaron menos Joan y las Marías con quien iba. Quien para tener por hijo á Dios no tuvo lado de hombre (sino á san Josef, que ya era difunto, y fué misterio y esposo), aun para (7) asistirle fué decoro, y no sequedad, que no le tuviese ni en sus discípulos mientras vivía su Hijo. El me declara, pues á la última hora sola de su vida la dió por hijo á Joan.

Aunque aventure que juzguen los doctos por entremetida y presuntuosa mi consideración, me esforzaré á averiguar ¿por qué Cristo y su Madre y sus discípulos estuvieron en la comida destas bodas; y en la cena, donde se obró el misterio inefable de la Eucaristía, estando él con sus discípulos, no llevó á su santísima Madre; pues era de sus entrañas el cuerpo y sangre que allí se transubstanció?

No he visto en otro el reparo. No digo que es nuevo, sino que no le he visto: esto es reservar mis ojos para mi disculpa; temo que me suceda lo que á muchos, que por decir lo que no dijo nadie, dicen lo que nadie quisiera haber dicho. La devoción que me lleva me

(5) convidada en ellas antes. (M.)

(6) leyéndoles (Id.)

(7) asistirle (Id.)

adiestra: «que en las escrituras quiero antes saber menos que contra (1).»

Solo el Hijo de Dios escogió madre, y así miró tanto por su decoro como por su eleccion. Nació de mujer; mas escogida para nacer della. Escogióla Dios para hacerse hombre. Antes de concebir á Jesus la dijo el Angel: «Llena de gracia, y el Señor es contigo.» Mucho dijo; empero más fué María, pues luego que concibió fué llena de Dios, y Dios estaba en ella. A mucho se obligó Dios cuando nos obligó á mucho.

Veamos las finezas y atenciones con que su amor desempeñó su poder.

(1) Malum in scripturis minus sapere quam contra.

Referiré una mucho antes de encarnar, y otra mucho despues de haber muerto y resucitado. Conoceráse en aquella cuánto se adelantó su gozo por tal madre; en esta cuánto continúa en la observancia de hijo.

David en el psalmo XXI, todo evangélico de la pasion de Cristo, que empieza con una de las palabras con que espiró: «Dios, Dios mio, mírame; ¿por qué me desamparaste? (2) (3)»

(2) Deus, Deus meus, respice in me: quare me dereliquisti?

(3) que son las mismas palabras que dijo Cristo espirando: *¿Eh, Eh, etc.*, siendo este psalmo todo literal de la pasion y sucesos de ella..... (M.)

FIN DE ESTE FRAGMENTO SOBRE LAS BODAS DE CANÁ.

HOMILIA

DE LA

SANTÍSIMA TRINIDAD,

POR

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

FRAGMENTO. (a)

Las palabras que la Iglesia nos propone este día, son las últimas con que san Mateo da fin á su evangelio. Dice Cristo: «Hásemelo dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Yéndoos pues, enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y Espíritu Santo; enseñándolos á guardar todo lo que os mandé. Y veis que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo.» Palabras son estas que dijo Cristo despues de haber resucitado.

Señor, ¿por qué no blasonastes todo el poder en el cielo y en la tierra, cuando en el desierto vencistes aquel duelo á que os provocó tres veces el príncipe de las tinieblas? ¿Por qué no, cuando con cinco

panes y dos peces hicistes á los cinco mil tan abundante plato, que sobró despues de satisfechos tantos, de lo poco mucho? ¿Por qué no, cuando en la resurreccion de Lázaro, á vuestra voz obedecieron lo inaccesible de la muerte y lo irrevocable de la vida, la incapacidad del cuerpo ya poseído de gusanos, la libertad del alma ya rescatada de su prision? Estas obras fueron en que se vió teniades todo el poder del cielo y de la tierra. Si fueron, y vos siempre tuvisteis este poder, mas solo dijisteis que os habia sido dado despues que resucitásteis en la propia virtud. Sacar de las manos de la muerte un muerto, accion es de Dios y de toda la potestad; mas hacer que la muerte se padezca á sí misma, que la muerte muera con vuestra muerte, que con vos resuciten todos; que, por vos y con vos resucitados, salgan de las mazmorras del infierno los padres, rompan sus puertas, triunfar de sus tinieblas,—esto merece que despues de ejecutado se blasono todo el poder en el cielo y en la tierra, y que se reserve á estas acciones tan soberano elogio.

Veamos qué ordenais cuando decís que os ha sido dada toda la potestad en el cielo y en la tierra. ¡Extraña cosa! Dice á sus discípulos: «Id y enseñad á todos.» Juráralo yo, que en Cristo todo el poder en el cielo y en la tierra habia de emplearse en el bien de todos, sin eceptar alguno. Es Cristo perdido por enseñar (modo es de decir nuestro, mas literal en sus acciones): acordáos que una vez que se perdió, fué por enseñar, pues le hallaron sus padres leyendo á los doctores en el templo. Mal entienden esto los que en la tierra tienen todo el poder en algun ángulo della, pues entienden que dejan de ser poderosos si no son desaparecidos. — «Enseñad á todos.» Quien tiene todo el poder del cielo y de la tierra, no aborrece los enseñados, sino los ignorantes. Los tiranos (que se desentendiesen deste ejemplo), y tienen el peligro en ser entendidos, porque no haya entendidos, mandan que no enseñen á ninguno. — «Bautizándolos en nombre del Padre, del Hijo y Espíritu Santo.» Manda que enseñen á todos

(a) Inédito.

Muy poco esmerada es la copia que de este y del siguiente discurso hizo, en 1724, don Juan Isidro Fajardo para sus tres tomos de *Obras manuscritas de Quevedo*, como puede advertir quien malogre el tiempo cotejando lo que allí resulta (Biblioteca Nacional, códice M 277, folio 225) y lo que ofrezco á mis lectores en las presentes páginas.

De la coleccion que formó don Alfonso de Avellaneda hase hablado ya en el tomo I, pág. 274. Pues bien, en el VI de ella, folio 49, con mucho tino veíanse copiadas la primera salutación y la segunda homilia completa, cuales hoy las disfrutamos; y de todo sacó traslado el bibliotecario don Tomás Antonio Sanchez, que tengo á la vista, merced á la bazarria de mi caro amigo el señor don Agustin Duran.

Sanchez creyó haber compuesto QUEVEDO su discurso para que le predicase algun eclesiástico, á quien obsequió dándole á escoger en dos introducciones. Pero mi opinion sigue en esta parte camino muy diferente, por lo que voy á decir.

Autógrafo poseo el original completo de la *Homilia á la Santísima Trinidad*, que imprimo á continuacion del presente fragmento. Hállase en pliegos sueltos doblados en cuarto, foliadas las hojas. Principia en la 7, lo cual supone que se ha perdido pliego y medio. Juzgo pues que el exordio suelto conservado hasta hoy, debió ocupar las dos primeras fojas, y el pliego siguiente lo demás del discurso, extraviado por desgracia quizá desde el siglo XVII.

No sé en qué tiempo escribió don Francisco este cuaderno de homilias. La marca del papel, en el autógrafo, es una cruz dentro de cierta figura que parece corazon, del cual pende pequeño círculo, en cuya area se divisa una como aldabilla, que pudiera representar la letra T: suele encontrarse en documentos de la segunda y tercera década del siglo XVII.